

Democracia inteligente: El potencial de la tecnología para efficientar la organización de elecciones

En los últimos años, buena parte de la discusión sobre inteligencia artificial y elecciones se ha concentrado en sus riesgos: la desinformación, los contenidos sintéticos, la manipulación política o las amenazas que estas tecnologías pueden representar para la integridad electoral.

Sin embargo, existe otra pregunta que merece atención: **¿cómo puede la inteligencia artificial contribuir a organizar mejores elecciones?** Es decir, elecciones más eficientes, accesibles, transparentes y confiables.

Ese es precisamente el punto de partida de esta ponencia.

Y esta discusión ha dejado ya de ser meramente hipotética.

En julio de 2026, IDEA Internacional publicó un estudio sobre inteligencia artificial y gestión electoral en América Latina y el Caribe. La investigación incluyó a autoridades electorales de diez países y encontró que la inteligencia artificial ya ha ingresado en la agenda institucional electoral de la región, aunque su utilización continúa siendo gradual, desigual y concentrada principalmente en funciones de apoyo.

Esto significa que ya podemos empezar a hablar no solamente de lo que la inteligencia artificial podría hacer, sino también de lo que algunas autoridades electorales ya están haciendo.

Los organismos electorales enfrentan procesos cada vez más exigentes: deben atender a millones de ciudadanos, capacitar grandes cantidades de personal temporal, distribuir materiales, integrar mesas receptoras de votación, procesar información y resultados y hacerlo, además, en contextos de crecientes restricciones presupuestales y mayores expectativas ciudadanas.

Frente a este escenario, mi argumento central es que **la inteligencia artificial no debe pensarse como sustituto de las autoridades electorales ni de la decisión humana**, sino como una herramienta capaz de ampliar las capacidades institucionales para administrar procesos cada vez más complejos.

De la administración electoral tradicional a la democracia inteligente

Organizar una elección constituye una de las operaciones administrativas más complejas que realiza el Estado.

Durante un proceso electoral deben coordinarse simultáneamente recursos humanos, materiales, tecnológicos y financieros. Hay que instalar centros de

votación, capacitar personal, distribuir documentación, atender consultas ciudadanas, resolver incidencias y procesar enormes cantidades de información.

Tradicionalmente, muchas de estas tareas se realizan mediante procedimientos estandarizados y una intensa intervención humana.

Este modelo ha permitido construir mecanismos de certeza y control, pero también genera importantes cargas administrativas.

La aparición de sistemas capaces de procesar enormes cantidades de información abre nuevas posibilidades.

Podemos comenzar entonces a hablar de una democracia inteligente: instituciones democráticas capaces de utilizar tecnologías avanzadas para mejorar su organización, análisis y atención ciudadana, manteniendo siempre principios como legalidad, transparencia, verificabilidad y supervisión humana.

El centro de la democracia inteligente no sería la tecnología. El centro seguiría siendo la ciudadanía y las instituciones electorales.

Aplicaciones de la inteligencia artificial en la organización electoral

¿En qué tareas concretas puede utilizarse?

La experiencia internacional comienza a darnos respuestas.

Un estudio reciente de IDEA Internacional identifica aplicaciones en registro e identidad electoral, operaciones y logística, supervisión, comunicación ciudadana, monitoreo del entorno informativo y procesamiento y validación de información electoral.

Pero existe una característica común: la adopción comienza generalmente por funciones complementarias y de apoyo, mientras las autoridades mantienen mucha mayor cautela cuando la tecnología se acerca a funciones electorales críticas.

Planeación electoral y ubicación de centros de votación

Una primera aplicación se encuentra en la planeación.

Un organismo electoral debe determinar dónde instalar centros de votación, cómo distribuir materiales, qué rutas utilizar y cuánto personal asignar.

La inteligencia artificial puede procesar simultáneamente variables como número de electores, densidad poblacional, distancia, vías de comunicación, capacidad de los inmuebles o accesibilidad.

México ofrece ya un ejemplo interesante.

El estudio regional de IDEA Internacional reporta que el Instituto Nacional Electoral explora aplicaciones de inteligencia artificial relacionadas con logística electoral, incluyendo herramientas para la ubicación de casillas y modelos predictivos de participación ciudadana.

Esto nos permite pasar de una posibilidad teórica a un campo de experimentación institucional real.

La finalidad no sería que un algoritmo decidiera dónde instalar una casilla.

Sería proporcionar más y mejor información a la autoridad para tomar esa decisión.

Y si una mejor planeación reduce distancias, evita saturaciones o mejora la accesibilidad, la eficiencia administrativa termina generando también un beneficio democrático.

Capacitación electoral mediante asistentes inteligentes

Otro campo es la capacitación.

Los organismos electorales deben preparar enormes cantidades de personas en periodos muy breves.

Un asistente basado en inteligencia artificial podría responder preguntas, explicar procedimientos, plantear casos simulados y proporcionar retroalimentación.

Aquí todavía existe más experimentación que implementación consolidada. El estudio internacional más reciente muestra que muchas autoridades están utilizando o evaluando modelos de lenguaje y sistemas de preguntas y respuestas para capacitación, información electoral y análisis interno.

Pero existe una condición fundamental: **la inteligencia artificial debe trabajar con información oficial, validada y delimitada por la autoridad electoral.**

No puede improvisar normas ni procedimientos.

Por ello, debe reforzar la capacitación institucional, no sustituirla.

Automatización de tareas administrativas

Una tercera área especialmente prometedora es la automatización.

Durante cada elección se procesan enormes cantidades de documentos, expedientes, solicitudes, reportes e incidencias.

México vuelve a proporcionarnos un ejemplo concreto.

El INE explora herramientas de inteligencia artificial para clasificar automáticamente oficios, asignar internamente trámites y generar respuestas preliminares, manteniendo la supervisión humana.

Éste es posiblemente uno de los usos más inmediatos de la tecnología.

No implica trasladar decisiones electorales sustantivas a una máquina. Permite que la tecnología realice operaciones repetitivas para que el personal concentre sus capacidades en funciones de análisis.

Podemos sintetizar esta idea mediante un principio: automatizar tareas, no responsabilidades.

Inteligencia artificial y fiscalización electoral

La fiscalización constituye otro campo con enorme potencial.

Las autoridades deben analizar ingresos, gastos, proveedores, comprobantes, información bancaria, fiscal y publicidad política.

En febrero de 2026, IDEA Internacional publicó un estudio específico sobre inteligencia artificial aplicada a la fiscalización del financiamiento político, basado en experiencias de México, Lituania y Reino Unido. El informe identifica posibilidades que van desde el procesamiento automatizado de comprobantes hasta la identificación de patrones financieros que requieren revisión.

En México, el INE desarrolla modelos predictivos orientados a detectar comportamientos anómalos, patrones de gasto inconsistentes y posibles alertas de auditoría, procesando grandes volúmenes de información electoral, fiscal, bancaria y digital. Lo importante es señalar qué ocurre después.

El sistema no determina automáticamente que exista una infracción. Genera una alerta.

Corresponde después al personal especializado revisar el caso, valorar las pruebas y adoptar una determinación.

Por eso: una anomalía no es una ilegalidad.

El algoritmo puede ayudarnos a saber dónde mirar; la autoridad debe determinar qué ocurrió.

Detección de anomalías y controles de integridad

Esta capacidad puede extenderse a otras partes del proceso electoral.

El caso de Chile resulta especialmente interesante.

El Servicio Electoral de Chile, Servel, utiliza herramientas para realizar cruces automatizados entre sistemas paralelos de procesamiento de resultados y detectar inconsistencias. También compara actas digitalizadas con los registros capturados para identificar errores de digitación o discrepancias. El escrutinio continúa siendo manual, mientras la tecnología funciona como una capa adicional de control.

Éste me parece un buen ejemplo de democracia inteligente.

La tecnología no sustituye al procedimiento electoral tradicional. **Lo supervisa y lo fortalece.**

La inteligencia artificial puede funcionar entonces como un sistema de alerta temprana: identificar aquello que se aparta de los patrones esperados para que posteriormente sea revisado por personas.

Atención ciudadana inteligente

Una de las aplicaciones que más rápidamente se está extendiendo entre organismos electorales son los asistentes virtuales.

En Costa Rica, el Tribunal Supremo de Elecciones utiliza un chatbot desarrollado en colaboración con la Universidad de Costa Rica para proporcionar información sobre candidaturas.

En Chile, Servel utiliza también un chatbot institucional para atención ciudadana.

Y el INE mexicano ha utilizado herramientas de inteligencia artificial para proporcionar información electoral a la ciudadanía. IDEA Internacional identifica a México entre las autoridades que ya han empleado chatbots de preguntas y respuestas para información electoral.

Los beneficios son evidentes.

Una persona puede recibir información las 24 horas del día sin depender del horario de oficina, mientras el personal institucional puede concentrarse en consultas más complejas. Pero nuevamente debemos establecer límites.

El ciudadano siempre debe poder conocer que está interactuando con un sistema automatizado y tener la posibilidad de acudir a una persona cuando la consulta sea compleja o pueda producir consecuencias jurídicas.

La tecnología debe acercar a la ciudadanía a la institución, no convertirse en una barrera entre ambas.

Inteligencia artificial para una mayor accesibilidad

Existe además una dimensión particularmente relevante: la accesibilidad.

Tecnologías de reconocimiento de voz, conversión de texto a audio, generación de subtítulos, traducción automática, simplificación de contenidos o asistentes conversacionales pueden disminuir barreras de acceso a la información electoral.

Esto nos obliga a ampliar el concepto de eficiencia. Una institución electoral no es más eficiente solamente porque reduce costos. También lo es cuando permite que más personas puedan ejercer efectivamente sus derechos.

Por eso, la accesibilidad debería ocupar un lugar central dentro del concepto de democracia inteligente.

El caso colombiano: procesar 26 millones de firmas

Quizá uno de los ejemplos más ilustrativos del potencial de estas tecnologías proviene de Colombia.

La Registraduría Nacional desarrolló una herramienta que combina reconocimiento óptico de caracteres, machine learning y análisis automatizado de patrones para apoyar la validación de firmas presentadas en respaldo de candidaturas independientes.

La magnitud del problema ayuda a comprender la utilidad de la herramienta: en un proceso reciente debían revisarse más de 26 millones de firmas.

El sistema permitió comparar información con bases oficiales, detectar registros duplicados, identificar inconsistencias y localizar patrones anómalos.

Pero existe un elemento que resulta especialmente importante para nuestra discusión: la revisión humana permaneció en las etapas fundamentales del procedimiento.

La inteligencia artificial amplía enormemente la capacidad institucional para procesar información, pero la responsabilidad final continúa siendo humana.

Voto y procesamiento de resultados: el límite más sensible

Cuando nos acercamos al voto o al procesamiento de resultados, el nivel de cautela debe aumentar considerablemente.

Existe un caso internacional reciente que permite ilustrarlo.

Durante elecciones parciales municipales de Albania en 2025, la Comisión Electoral Central realizó un piloto con una herramienta de análisis de imágenes basada en inteligencia artificial para apoyar el conteo y transmisión de resultados.

Precisamente porque se trataba de una función sensible, la herramienta se utilizó únicamente en alrededor del 3 % de los centros de votación y el conteo manual continuó realizándose en paralelo.

El experimento produjo además una lección muy importante.

El sistema presentó dificultades cuando los funcionarios mostraban las papeletas demasiado rápidamente y también tuvo problemas para reconocer algunos votos válidos cuando existían pequeñas inconsistencias físicas en las papeletas.

Es decir, el piloto no sólo mostró posibilidades. También demostró por qué necesitamos pruebas controladas y supervisión humana.

Mientras más cerca esté una tecnología de la emisión, conteo o transmisión del voto, mayores deben ser los controles, la transparencia y la capacidad de auditoría.

Riesgos y salvaguardas

La democracia inteligente no puede construirse únicamente sobre las oportunidades.

Existen riesgos. Sesgos algorítmicos. Errores. Problemas de explicabilidad. Protección de datos personales. Ciberseguridad. Dependencia respecto de proveedores privados. Y existe un problema particularmente importante para las autoridades electorales: la responsabilidad.

Una autoridad debe poder explicar por qué tomó determinada decisión.

Por ello, ninguna decisión electoral relevante debería depender exclusivamente de un algoritmo cuyo funcionamiento no pueda ser revisado o auditado.

La experiencia regional muestra que las propias autoridades están adoptando esta actitud cautelosa. El estudio de IDEA Internacional concluye que no existe por ahora una tendencia importante a delegar decisiones electorales sensibles en sistemas automatizados; predominan los usos de apoyo y la supervisión humana.

Podemos expresar esta regla de una manera sencilla: a mayor impacto de una decisión sobre los derechos políticos o la integridad de la elección, mayor debe ser la supervisión humana.

De la eficiencia electoral a la legitimidad democrática

Llegamos entonces a la pregunta fundamental.

¿Por qué debería importarnos todo esto desde el punto de vista democrático?

Porque la organización de una elección no constituye únicamente un problema administrativo.

La manera en que funcionan las instituciones electorales influye en la experiencia que tiene la ciudadanía de la democracia.

Encontrar fácilmente dónde votar.

Recibir información clara.

Contar con servicios accesibles.

Resolver rápidamente una incidencia.

Procesar correctamente millones de documentos.

Detectar oportunamente una inconsistencia.

Todo ello forma parte de la calidad del proceso electoral.

Esto no significa que la inteligencia artificial genere automáticamente legitimidad.

La confianza democrática depende de muchos factores políticos, económicos, sociales e institucionales.

Pero una institución que funciona mejor está en mejores condiciones de generar confianza que una institución percibida como lenta, inaccesible u opaca.

Podemos plantearlo como una cadena:

mayor capacidad institucional

genera una mejor organización electoral;

una mejor organización produce mejores servicios;

mejores servicios pueden contribuir a una mayor confianza ciudadana;

y una mayor confianza fortalece la legitimidad de las instituciones electorales.

En este punto, la eficiencia deja de ser únicamente administrativa.

Adquiere una dimensión democrática.

Hacia un modelo de democracia inteligente

A partir de todo lo anterior, podemos pensar la democracia inteligente mediante cinco componentes:

capacidad institucional, eficiencia, inclusión, integridad y supervisión humana.

Capacidad institucional para procesar mejor la información.

Eficiencia para utilizar mejor los recursos.

Inclusión para reducir barreras.

Integridad para mantener elecciones verificables y confiables.

Y supervisión humana para garantizar responsabilidad institucional.

La experiencia comparada demuestra además algo muy importante.

No necesariamente es más avanzada la autoridad electoral que automatiza más funciones.

Por ejemplo, Australia ha adoptado deliberadamente una posición conservadora: mantiene analógicos sus procesos electorales centrales, mientras explora inteligencia artificial para productividad administrativa, comunicación y servicios a los votantes.

Esto nos recuerda que una democracia inteligente no es aquella que utiliza más tecnología.

Es aquella que sabe dónde utilizarla y dónde no utilizarla.

Conclusiones

Durante los últimos años hemos hablado mucho de cómo proteger las elecciones frente a la inteligencia artificial.

Y debemos seguir haciéndolo.

Pero la evidencia reciente muestra que también debemos comenzar a estudiar cómo las propias autoridades electorales pueden utilizar estas herramientas para mejorar su trabajo.

México explora inteligencia artificial para logística, ubicación de casillas, fiscalización y procesamiento administrativo.

Chile la utiliza como apoyo para detectar inconsistencias y fortalecer controles.

Colombia ha recurrido a estas tecnologías para procesar millones de firmas.

Costa Rica y Chile utilizan asistentes para información ciudadana.

Y experiencias como la de Albania muestran tanto las posibilidades como los límites de acercar estos sistemas a funciones electorales críticas.

La inteligencia artificial puede ayudarnos a planear mejor, procesar información con mayor rapidez, fortalecer la fiscalización, detectar problemas, mejorar la accesibilidad y ofrecer mejores servicios.

Pero incorporar más tecnología no significa necesariamente organizar mejores elecciones.

Por ello, creo que podemos sintetizar la propuesta de esta ponencia mediante dos principios.

El primero: **automatizar procesos, pero no responsabilidades.**

Y el segundo: **a mayor impacto sobre los derechos políticos y la integridad electoral, mayor supervisión humana.**

Una democracia inteligente no es una democracia gobernada por algoritmos.

Es una democracia en la que las instituciones saben utilizar responsablemente la tecnología para prestar mejores servicios, administrar procesos cada vez más complejos y garantizar de mejor manera los derechos políticos de la ciudadanía.

En un contexto latinoamericano marcado por la desafección política y la disminución de la confianza institucional, ésta puede ser una oportunidad para construir instituciones electorales más eficientes, accesibles, transparentes y confiables, combinando precisamente los tres elementos planteados en el resumen que dio origen a esta ponencia: **innovación tecnológica, integridad electoral y fortalecimiento democrático.**

Por eso, probablemente la pregunta hacia el futuro ya no será únicamente si la inteligencia artificial llegará a nuestras elecciones.

Ya está llegando.

La pregunta verdaderamente importante será:

¿cómo queremos utilizarla y bajo qué reglas?

Porque el objetivo final no debe ser tener elecciones cada vez más tecnológicas.

Debe ser tener **elecciones cada vez mejores.**